

ANOCHÉ^{EN}
LAS TRINCHERAS

ALBERTO VILLARREAL

ANOCHÉ^{EN} LAS TRINCHERAS



Diseño e ilustración de portada: Salvador Verano Calderón
Diseño de interiores: Fernanda Chávez Barradas
Fotografía de autor: Miguel Romero
Página 75: 2001, Poema: Cuando tengas ganas de morirte, Jaime Sabines

© 2018, Alberto Villarreal

Derechos reservados

© 2018, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Delegación Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: octubre de 2018
ISBN: 978-607-07-5262-9

Primera edición impresa en México: octubre de 2018
ISBN: 978-607-07-5263-6

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra dirijase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Foli de México, S.A. de C.V.
Negra Modelo No. 4 Bodega A, Col. Cervecería Modelo, C.P. 53330
Naucalpan de Juárez, Estado de México.
Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

A ustedes, por mostrarme el camino.
Gracias por su luz.

Anoche en

-LAS TRINCHERAS-

1

Cuando por fin me asomé por el balcón vi su rostro iluminado.

—¿Qué haces aquí, Leonardo?

Me tiemblan las piernas, los labios y los recuerdos. Después de tanto tiempo, ¿por qué teníamos que encontrarnos de nuevo? Hacía muchos años de aquellos juegos de niños: de reyes y esclavos, policías y ladrones. Toda nuestra historia está escrita en pasado y no hay oportunidad de un futuro.

Suelto un alarido.

—¿Qué haces aquí, Leonardo?

2

Mi abuela dice que cuando llueve es porque Dios está triste. Yo no sé por qué estos años ha estado tan triste, pues ha llovido mucho.

—Cuando era niña las lágrimas de Dios se las tomaba la tierra, bañaba a los árboles y a nosotros también. Este nuevo suelo, tan firme y caliente, no absorbe, escupe el muy malagradecido. *Progreso*, le llaman algunos necios. Por lo menos ya no tendrás que preocuparte, Betito. Esos tubos que están poniendo bajo el suelo van a drenar todas las lágrimas.

La colonia donde vivo es un desastre, hay excavadoras en todas las esquinas y hoyos que miden cuatro veces mi estatura. Recuerdo cuando la lluvia inundaba las calles y entraba a la casa por debajo de las puertas: moría de miedo, creía que me ahogaría. Ahora eso ya no volverá a pasar según dice la abuela.



—Leonardo, ¿qué haces ahí? Nos van a regañar. ¡Ya sube! Vamos a las maquinitas. Mi tía me dio diez pesos, te puedo dar cinco.

—Tú y tus maquinitas... Quién sabe cuánto tiempo tendremos antes de que terminen de construir aquí, tenemos que aprovechar. Baja y crucemos estos tubos, a ver a dónde nos llevan. Es como jugar Mario Bros.

—Seguro hay ratas ahí abajo —le dije dando un paso atrás.

—¡Como siempre tan miedoso! Pues yo iré... Allá tú si quieres aburrirte arriba. Pero eso sí, eh, te vas olvidando de nuestro parque de diversiones. Yo no puedo ser socio de un cobarde.

Hace un mes invité a Leonardo al parque de diversiones con los dos boletos que me dio mi abuelo, ¿a quién más iba a invitar sino a él? No es mi único amigo, pero con nadie me siento tan cómodo como con él. Estábamos muy entusiasmados, pero cuando intentamos disfrutar de los juegos mecánicos más divertidos, llegaban adultos para decirnos que éramos muy pequeños para subir, que nos faltaban, por lo menos, otros cinco centímetros de altura. Eran sólo cinco centímetros. ¿Quiénes eran ellos para decirnos que nos faltaban cinco centímetros para poder disfrutar como los demás?

En ese momento decidimos que nadie nunca nos iba a limitar, pues algún día tendríamos el dinero suficiente para abrir nuestro propio parque de diversiones: juegos mecánicos para todos, el mejor lugar de la ciudad. Siempre soñamos en equipo, no había sueños individuales. Imaginamos mil escenarios: parques de diversiones, chefs en nuestro restaurante, escuelas

donde todos aprenderían de formas divertidas y viviríamos en aquella casa grande que siempre veíamos cuando andábamos en bicicleta.

—No, espera... Voy a bajar, pero si una rata me muere, tendrás muchas cosas que explicarle a mi mamá.

—Le diré que moriste intentando salvarme la vida, que moriste como un héroe.

—¿Qué le diré a tu mamá si el que muere eres tú?

—Deja de imaginar tantas cosas. Estamos en el drenaje, no en la guerra.

Empezamos a caminar por aquellos enormes tubos blancos hasta que la luz ya no pudo alcanzarnos. No di pasos largos por el miedo a pisar algo desagradable. Ya no sólo pienso en ratas, también pasan por mi mente docenas de criaturas diferentes. Además, el olor del agua estancada y el bochorno me dificultan la respiración. Leonardo va delante de mí, también camina lento y, aunque no lo puedo ver, lo puedo escuchar... Creo que él está tan asustado como yo.

Se detiene en la oscuridad y choco contra él. Al principio creo que ha dejado de caminar porque vio algo que lo asustó. Mis músculos se preparan para correr, pero me relajo en cuanto me toma de la muñeca.

—Toma esto, es un regalo de cumpleaños adelantado —dice mientras abre mi mano.

—¿En serio?

—En serio.

—Gracias. —Cuando veo lo que sostiene, me lleno de fuerza.

Es el amuleto de Leonardo: una pulsera negra con un pequeño jade que su abuelo le dejó antes de mudarse

a Estados Unidos. Nunca nadie me había regalado algo tan valioso. Me dieron ganas de llorar.

Decido que cuando me sienta más seguro le regresaré su pulsera. No puedo aceptar un regalo que significa tanto para él.

3

Soñar era lo que mejor sabíamos hacer, quién diría que nuestros sueños terminarían por consumirnos.

En esos días desconocía lo mucho que me costaría dejar de vivir con miedo. Quisiera regresar a temerles a las ratas y a los monstruos bajo la cama.

Necesito salir de esta trinchera: corro por las escaleras, tengo que ver a Leonardo de cerca.

4

¿Tacos de sal? Qué cosa tan extraña. No puedo entender cómo alguien puede disfrutar de tortillas de maíz con un poco de sal hasta que yo mismo las pruebo. No es mi comida favorita, pero algo tiene esa sencillez que hizo que durante varios días comiera al menos tres tacos por las mañanas.

En la casa de los Ramos siempre se come diferente, siempre son muy creativos cuando se trata de cocinar: tacos de sal, hamburguesas con pan para hacer sándwiches y caldo de res pero sin la vaca... Eso sí, siempre que se come caldo de res sin vaca tenemos que mugir. Me gusta mucho comer en casa de Leonardo, es muy divertido. Ahí normalmente comemos con su mamá, una señora bajita con cabello rojizo corto y una boca que nunca para de contarnos cosas.

—¿Ahora sí me vas a querer, Beto? Ya te dije que yo sé planchar, lavar, hacer de comer. Para qué vas a andar buscando a una muchacha que no sepa hacer nada.

—Mamá, no quiero que Beto sea mi padrastro, ¿te imaginas? Ya mucho lo aguanto teniéndolo como amigo.

Yo siempre me río sin hacer mucho ruido. Doña Blanca siempre bromea sobre nuestra nada posible relación a futuro. Después de mi abuela es como mi segunda madre: también me regaña y lo hace de la manera más firme posible, nunca nadie me ha regañado como ella. Dice que es porque nos quiere más de lo que se quiere a sí misma, que el mundo allá afuera está hecho un desastre y no sabría qué sería de ella si algo malo nos llegara a pasar. Me parece muy dulce cuando se preocupa por nosotros. Es muy raro esto de tener más de una familia.

En casa de Leonardo encontramos a su hermana por las noches; a ella le encanta el fuego, suele perseguirnos por la casa con una lata de aerosol en una mano y un encendedor en la otra. Nunca nos llega a quemar, aunque un día, mientras huíamos del fuego, me caí de las escaleras de caracol que tenían en el patio. Clara se sintió muy mal al verme tirado y yo me sentí peor al verla preocuparse, hasta llegué al borde de las lágrimas, no entendía el porqué de su reacción tan exagerada hasta que bajé la mirada hacia mi brazo.

Perdí el conocimiento.



Desperté en un taxi con el brazo envuelto en una playera negra.

—Vamos camino al hospital, mijo. Creemos que te rompiste el brazo. —La voz de mi abuela me hizo sentir seguro... volví a desmayarme.

Cuando abrí los ojos, me encontraba en una pequeña habitación, mi madre estaba ahí, hablando desde el teléfono fijo en voz baja... parecía molesta.

El dolor que sentía en el brazo incrementó.

—¿Cómo le vamos a hacer, Roberto? —Fue lo único que alcancé a escuchar antes de que mi mamá se diera cuenta de que había despertado.

Colgó el teléfono después de decirle a mi padre un «luego lo hablamos». Se acercó y me dio un beso en la frente.

—¿Cómo te sientes, mi niño?

—Quiero llorar, me duele mucho.

—Llora, papi, llora... Pero vas a estar bien, tendrás que usar yeso durante algunas semanas, pero vas a estar bien. Promesa.

Creo que lo decía más para ella que para mí. Mis papás siempre me han tratado como si yo fuera un pequeño príncipe. Por más que han tratado de ocultarlo, he visto cómo ellos han dejado de comer para que yo no tenga hambre. El dinero siempre ha hecho falta en casa, sobre todo ahora que tengo un hermano pequeño. Si me fui a vivir con mis abuelos no fue porque no los quisiera, sólo que no podía soportar ver a mis padres discutir porque no había para comer o para pagar la luz o el gas. Me dolía que esa fuera la escena de todos los días. De verdad los quiero... y aun así decidí dejar el caos que resultaba vivir con ellos.